

va a poseer dos cosas mucho más importantes que las que a simple vista aprecia el transeunte como espectador de un teatro —digno teatro de la más auténtica ciudadanía— al que cada dos por tres se le añade en su decorado una nueva bambalina. Dos cosas que están muy por encima de los fines que uno persigue con el cemento o el asfalto.

La calle de la Rutlla tiene ya su Virgen y, pronto va a tener su poeta. Dos signos de alta escuela que prueban hasta qué punto la Asociación convirtiéndose en algo muy hondo y trascendente que deja apeadas en la cuneta del olvido las torpes ediciones de cualquier caricatura nacida y concebida en plan de feriantes.

El hombre de la calle. — Ese señor para el que hoy pedimos tantos respetos y si como a tal entendemos al sujeto cuya educación se nutre principalmente del ejemplo y experiencia que saca del medio en que se mueve o del ambiente que lo rodea ¿qué más no sería ese mismo individuo si, por el solo hecho de transitar por nuestras ciudades, hallara sus calles convertidas en escuelas de ciudadanía? La Calle de la Rutlla, por lo menos, ha puesto en orden su casa como respeto que le merecen las visitas que recibe o, simplemente, los que por ella transitan. Y no cabe duda de que este mayor tono y dignidad ha de contagiarse el viandante, dése o no cuenta de la lección que recibe.

En lo pequeño está siempre lo más grande — ¿Por qué otras calles no han imitado tan bello ejemplo? Sabemos y nos consta que la tarea es árdua y llena de complicaciones e incomodidades. La misma calle de la Rutlla ha pasado sus momentos amargos. Ni han comprendido, desde arriba, los que debieran, ni hacia abajo están todos los que empezaron. Lo primero es bochornoso, lo segundo es un fiel producto humano. Toda familia ha tenido que cercenar alguna rama por las mismas conveniencias de la ley que impone al árbol la poda.

Pero ¿cómo estaría hoy la ciudad si las principales calles hubieran sido tratadas con el amor y cariño que los vecinos de la Rutlla han demostrado para la suya? Nuestra fisonomía urbana andaría, por lo pronto, muy mejorada.

Lo que pasa — triste consecuencia del incorregible orgullo humano — es que todos presumimos de ser criados para viajes de mayor vuelo. Todo el mundo cree llevar dentro un concejal o un puesto de ministro en miniatura. En cambio pocos son, y cada vez menos, los humildes que cumplen con el deber elemental de poner en orden su propia casa. Todas las obras es preciso comenzarlas por los cimientos si luego queremos que el tejado se nos aguante. Y eso reza tanto para la ciudad como para el ciudadano que en ella vive. No olvidemos que la ciudad descansa en el individuo y empieza en nuestra calle. Y que cualquier calle puede convertirse en familia, creando al servicio de la ciudad la estirpe de una nueva sangre.

EQUIS

El payés y el veraneo

Tengo ocasión sobrada de hablar con payeses: son un tipo de gentes que no se acaba de comprender jamás; pero quizás resida el secreto de la convivencia no en comprender, sino en aceptar, y en amar.

A veces uno de ellos se detiene, y critica mudamente, con una mirada que data de siglos, mi aptitud para sembrar alubias o escardar maíz. Si se les habla generalizando, pronto su mirada se enturbia y, o no comprenden, o recelan. Como muy bien decía ese gran observador de los payeses que es José Pla, el payés literario, el payés bucólico, no ha existido nunca, es una invención del siglo XVII, perpetuada en las porcelanas del XVIII y en los Juegos Florales del XIX.

El payés es presentista, realista, y tremendamente iconoclasta de cuanto sea puro recuerdo: es indiferente a las ruinas, a la estética, a la complacencia. Quiere recolectar, y tocar dinero. Todo cuanto ocurra más allá de sus narices o de sus hitos es fábula no interesada, no le dice nada.

¿Qué opina usted del veraneo? — es pregunta que muchos payeses dejarán sin respuesta. Se encogerán de hombros. Para el payés no existe el veraneo como idea, como realización. Existen veraneantes.

Contemplamos con Ton a la veraneante de brazos desnudos y corta melena que, inexplicablemente, se ha perdido por estas duras tierras interiores.

— Se vienen aquí porque no tienen otro sitio a donde ir — comenta Ton rascándose la cabeza por debajo de la gorra. Estos, como tienen una prima de su madre que vive sola en el pueblo, se vienen aquí a hacer la gorra. Si pudieran, pues se irían a la costa, a aquellos sitios que usted, señor Pepe, nos describe tan bien, que no parece sino que los conozcamos ya.

— Muchas gracias, hombre. — contesta uno, satisfecho de que se le reconozcan dotes descriptivas.

— Aquello debe de ser muy, pero que muy bonito — insiste Ton, pidiendo con la mirada que uno describa nuevamente la Costa Brava.

— Hombre, sí, pero así, de golpe, es ligeramente indigesto, —le contesto.

La Costa Brava hay que irla conociendo poquito a poco, como todo en el mundo. Es como sus baños de mar, no hay que ser imprudente. ¿Comprende?

— Habrá muchas mujeres..... — dice Ton con aire de suficiencia.

— Uf...! — dice uno.

— Bonitas, ¿oi?

De todo, de todo. ¿No le gustaría ir a conocer aquello, Ton? Ton se pega un salivazo en las manos y empuña de nuevo el biello. No dice nada y da dos o tres golpes de azadón. Luego se yergue.

— Mucho gasto. Mucho gasto. Aquí, nos consumiremos toda la vida sin ver esas cosas tan bonitas, esas playas, que son para los ricos.

— Está en un error Ton, — reacciona uno. Le aseguro que no son todos ricos los que van a dichas playas. Y aunque algunos lo sean, de éstos, los hay con menos merecimientos que ustedes los payeses, para disfrutarlas.

— Bueno, en este caso, cuando saquemos la rifa.... — insinúa Ton, con sorna.

Pero él y yo sabemos que no será así. Que aún cuando sa case la rifa, Ton se quedaría en casa, instalaría el agua corriente y se compraría una mula de cuatro años, para seguir hozando en la tierra áspera, tan lejana, tan disociada de la playa. Para el payés no existe el veraneo. Cuando las ciudades se vacían, anda el de coronilla desde las dos de la madrugada a la caída del sol. Eso sí, ¡se pega cada banquete! Es su veraneo.

J. V. A.